

# ISMAEL QUILES: UNA SUTIL ESTAMPA QUE AÚN IRRADIA

Ismael Quiles: A Subtle Image that Still Radiates

Bernardo Nante

Universidad del Salvador y Fundación Vocación Humana (Argentina)

**A**l verlo tan firme en ese cuerpo tan frágil, uno sospechaba en Ismael Quiles S. J. (1906-1993) la presencia de un alma santa que condescendía en sostener a la carne. Vivía en ese inquietante umbral entre la vida y la muerte con júbilo de corazón y con toques inesperados de fino humor. Solía decir –yo mismo se lo he escuchado– algo así: «Los médicos me dicen que clínicamente estoy en el otro mundo». Su mirada era penetrante y bondadosa; su voz atiplada y toda su personalidad denotaban –como sugeriría el ideal de sabio taoísta– una firmeza suave o una suavidad firme. Por cierto, mi discurso no tiene pretensiones hagiográficas; el propio Quiles admitía cuánto le pesaba su permanente enfermedad, es decir, su *infirmitas*. A la pregunta «¿Cómo está, padre?», respondía, por ejemplo: «Empujando la vida, mijito». No es casual que Quiles dedique todo un apartado en uno de sus textos espirituales, *Espero en Dios*, al tema de «Las espinas y la firmeza de nuestra esperanza». Allí mismo reconoce que, más que la esperanza, debería dominar en la vida del cristiano el temor si se tomaran por ciertas literalmente las célebres palabras de san Pablo: «Con temor y temblor procurad vuestra salvación» (*Filip.* 2, 12). Sin embargo, esta pequeñez del ser humano ante Dios, tomado con madurez interior y en el

contexto de una ascesis, lo lleva a encaminarse a la esperanza. En ese mismo texto recuerda cómo una religiosa había sacado un fruto extraordinario de un retiro como pocas veces en su larga vida porque «lo había pasado todo él frente a frente de la muerte». Y en el apéndice al texto cita el bello poema «El asombro de Dios», de Charles Péguy, en donde el poeta francés dice que Dios no se asombra ni ante la fe ni ante el amor. «Pero la esperanza –dice Dios– sí que me asombra». La vida o, cómo él habría dicho, *Dios* lo había puesto a prueba desde temprano. Así es, acaso, como fue cultivando su propio ideal de santidad, ya que –más allá del carácter universal de la santidad– para Quiles cada ser humano debe encontrar su propio ideal. Para decirlo en términos cristianos, cada uno ha de imitar a Cristo según su propia singularidad. Esta idea temprana, en el marco de su concepción de la espiritualidad, convergerá plenamente con su posterior desarrollo filosófico, el in-sistencialismo. Con tal convicción religiosa, este niño que había nacido en Pedralba ingresa en 1918 –a los doce años de edad– en el Seminario de Valencia, donde cursa Humanidades hasta 1922. En 1922 ingresa en la Compañía de Jesús. En 1930 se doctora en Filosofía en el Colegio Máximo de San Ignacio de Barcelona y en 1932, a los veintiséis años de edad, abandona

Cómo citar este artículo: Nante, B. (2025). Ismael Quiles: una sutil estampa que aún irradia. *TSN. Transatlantic Studies Network*, (18), 115-120. <https://doi.org/10.24310/tsn.18.2025.21357>. Financiación: este artículo no cuenta con financiación externa.



Esta obra está bajo licencia internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

España, pues la Compañía de Jesús es expulsada del país. Ir a misionar a Bombay, como era su anhelo, no era una opción, pues su tuberculosis se había agravado. Así recaló en Argentina, en donde la Compañía de Jesús acababa de construir el imponente Colegio Máximo en San Miguel, ubicado a unos cuarenta kilómetros de la Ciudad de Buenos Aires. Debido a su delicado estado de salud, primero fue enviado al Colegio de la Inmaculada, en la provincia de Santa Fe, en donde guardó cama largo tiempo mientras proseguía sus estudios. Finalmente, en 1933, algo mejor pero no recuperado del todo, continuó sus estudios teológicos en San Miguel. Por lo general no podía asistir a las clases y un compañero le llevaba los apuntes. Aun en esas condiciones precarias, siempre descolló en los exámenes y demostró excelencia en todo su rendimiento. En 1936 fue ordenado sacerdote jesuita y en 1937 hizo el año llamado de tercera probación en Montevideo (Uruguay). Al año siguiente, ya fue nombrado profesor de Historia de la Filosofía y de Metafísica. Quiso estudiar Física en la Universidad de Buenos Aires, pues había realizado un bachillerato en ciencias y le interesaba adentrarse en los estudios de la naturaleza última de la materia y del cosmos, a la luz de los notables avances que ya entonces producían las ciencias exactas. Pero nuevamente sus superiores se lo desaconsejaron en virtud de su salud, que siempre pendía de un hilo. Es así como Quiles dedicó sus años a la docencia en el Seminario sito en San Miguel o en el Colegio del Salvador, ubicado en la Ciudad de Buenos Aires. En realidad, Ismael Quiles es un fervoroso sacerdote que realiza una permanente labor pastoral y, asimismo, un investigador que comienza una febril producción bibliográfica. No se comprende bien a Quiles si se escinden estas tres vocaciones que son facetas de su profunda vocación humana: la sacerdotal y espiritual, la docente y la filosófica o, si se quiere, la de polígrafo.

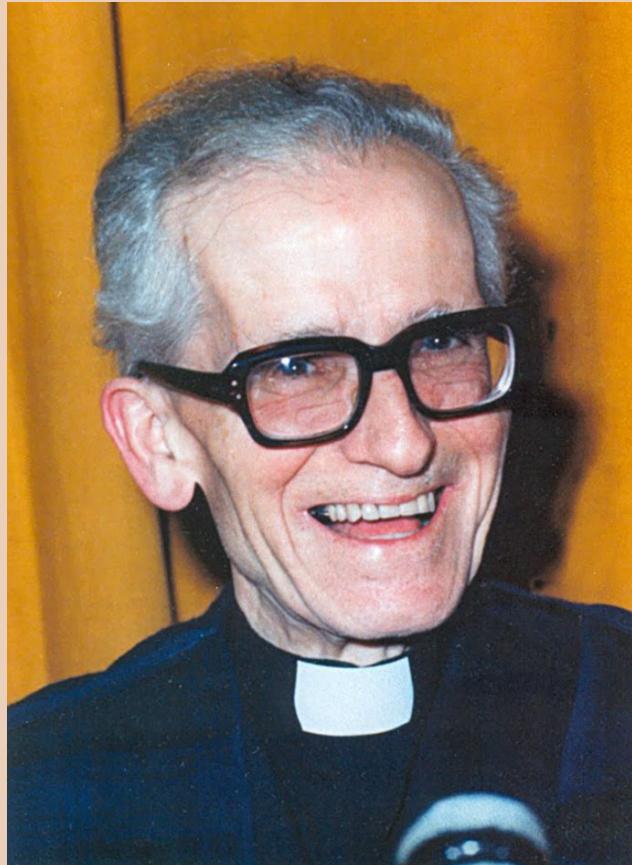
Por cierto, en este contexto, detallar su abrumador *curriculum* es inoportuno, pues interesa principalmente dar cuenta de su *Stimmung*, su «templo de ánimo» o su «determinación», que responde a su «voz» (*Stimme*). El propio Quiles publica en 1981 –es decir, doce años antes de su fallecimiento– un *Autorretrato filosófico* que nos sirve de guía para consignar la mera silueta de una ingente obra. Allí menciona tres etapas que de alguna manera manifiestan una continuidad. Me permito recordarlas acompañadas de una simple metáfora que otras veces he utilizado: la etapa racional (1938-1948) o escolástica, que son las raíces del árbol; la etapa in-sistencial (1948-1960), que es el tronco; la etapa de diálogo o síntesis Oriente-Occidente (1960 en adelante), que es una copa que se abre a otros pensamientos y culturas. Por cierto, conocí a Qui-

les en 1975, ya en plena etapa de «diálogo»; fue primero mi profesor, luego mi director de investigación y a partir de 1977 comenzé a acompañarlo en sus cátedras hasta su muerte, acaecida en 1993. Recuerdo una tarde calurosa, a comienzos del verano, éramos unos pocos investigadores y profesores en el salón de yoga y Quiles nos dijo, casi a modo de confesión, que él también oraba con la *Isha Upanishad*, sobre la que, por otra parte, escribió un bello artículo. Así recitó o murmuró sus versos preferidos, *sloka 15*, en sánscrito, poniendo énfasis en esa sugestiva oralidad mántrica: «El rostro de la Verdad está cubierto por una tapa áurea. Retírala, oh Nutrio (Sol), para que podamos ver la Verdad». En otras palabras, el velo de Aquello que nutre (*Pushan*) e ilumina (*Surya = Sol*) muestra y oculta la Verdad Insondable, pues detrás de la luz o en la misma bella luz está presente la Luz. Debo aclarar que Quiles fue un pionero en nuestro país en el diálogo interreligioso e intercultural que trasciende todo fundamentalismo o cualquier promiscuo sincretismo. Para Quiles, es un diálogo de amor recursivo en donde me afirma en mi profundidad, luego me encuentro con el otro en una interpenetración amorosa y vuelvo a mí o en mí y a mis raíces con más potencia, de alguna manera enriquecido. En relación con la *Upanishad* antes mencionada, no puedo dejar de citar –sin que ello implique una equivalencia significativa– uno de los versículos evangélicos preferidos de Quiles que aparece como epígrafe de un capítulo, «La lección de su vida», perteneciente a su obra espiritual *Marietta... flor de santidad*: «Para que dé luz a todos los que viven en la casa de Dios» (*San Mateo, 5, 15*).

Si retomamos suadamente las etapas antes mencionadas que se plasman en los treinta volúmenes de su *Obra completa*, sin contar otros artículos, conferencias y clases, cabe mencionar que efectivamente sus trabajos sobre la escolástica o encarados desde la escolástica no se ven anulados por la etapa posterior. Para mencionar algunos de ellos, cabe citar el artículo «El principio de unidad de la filosofía escolástica», *La esencia de la filosofía tomista, Francisco Suárez y su metafísica* (ya que su preferencia escolástica es suareciana), *Metaphysica generalis sive ontología* (su tesis doctoral, ya corregida) y sus múltiples traducciones de textos escolásticos. Me limito a mencionar que Quiles tradujo 14 de los 21 volúmenes de la versión de la *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino editada por la editorial Círculo de Lectores. Pero a esta etapa pertenecen también textos que anticipan su in-sistencialismo, como *La persona humana, Filosofía de la religión y Filosofía del cristianismo*. Paralelamente al desarrollo de su obra eminentemente filosófica, comienza a liderar la creación de lo que será la Universidad del Salvador y a viajar a congresos, a

impartir clases en universidades extranjeras y a establecer vínculos directos con sus colegas. De hecho, en 1944 Quiles es cofundador del Instituto de Filosofía en la sede del Colegio del Salvador, que será la piedra fundante de la actual Universidad del Salvador, de la que será también cofundador. No debe olvidarse que los jesuitas habían fundado en 1613 la primera universidad del país y una de las primeras de América, que hoy es estatal y se denomina Universidad Nacional de Córdoba. Pero recién en 1956 se reabre en Argentina la inscripción de las universidades privadas y la Universidad del Salvador será la primera en recibir reconocimiento oficial. Quiles será el primer decano de la Facultad de Filosofía, vicerrector en 1965, rector de 1966 a 1970, rector de la Comunidad del Salvador de 1966 a 1970 y prorrector en ese mismo período.

Para retornar a su obra, puede concebirse *Filosofar y vivir*, del año 1948, como un texto «bisagra» entre la etapa racional y la in-sistencial. La necesidad de una filosofía que dé más cuenta del «vivir», alimentada por su vida cristiana, su interés por san Agustín y los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio le abre nuevos horizontes sin por ello desdeñar los anteriores. En un impactante pasaje testimonial de ese texto filosófico, leemos: «A causa de una enfermedad seria yo debo guardar cama durante largo tiempo [...]. La soledad es el principio del filosofar. Siento toda la pequeñez y toda la insignificancia de mi ser frente al universo [...]. Sin embargo, surge de mí, de repente, una comprensión profunda, una reacción contra esta situación absurda mía, que extiendo a todo el universo. Ya no me rebajo contra el dolor y contra mi prisión, y probablemente dejo de mostrar mi impaciencia a quienes me rodean. Porque, contra ese fracaso mío, de mi vida, y ese sentido del universo, afirmo que todo debe tener un último sentido». Pascal decía que, si la filosofía no sirve para la vida, no vale la pena dedicarle una hora; recuerdo haberle oído acotar a Quiles enfáticamente: «¡Y una hora es mucho!». Desde luego, que la filosofía sirva para la vida no significa que sea «útil»; se trata de que el filosofar es un servicio. En efecto, para Quiles el auténtico filosofar es una actitud propia, ética y espiritual, de todo ser humano ante las cuestiones últimas: «El filosofar es esencialmente preocuparse de problemas humanos». De allí las conmovedoras palabras de la misma obra: «Yo no soy para la muerte, sino para la vida. Yo no soy para la soledad, sino para la comunicación. Yo no soy para la nada, sino para la plenitud». El texto anterior da cuenta de cómo «se prepara» existencialmente y filosóficamente para la etapa «in-sistencial». El propio Quiles parece sospechar fundamentos filosóficos más sólidos y, a la vez, de mayor sustentación vivencial para su propuesta filosófica en textos del período racional. En Autorre-



El padre Ismael Quiles en los años noventa, la etapa final de su vida. (Foto: Universidad del Salvador).

trato filosófico escribe: «Al final de *La esencia de la filosofía tomista*, señalaba la necesidad de "integrar" la filosofía tradicional tomista con elementos más vitales, lo que implicaba una dedicación más metódica al análisis de nuestras experiencias humanas profundas y fundamentales». Por ello, reivindica la total coincidencia con la filosofía escolástica, sobre todo comprendida como «filosofía cristiana» acerca de la realidad del hombre y su puesto en el universo. No obstante, con el in-sistencialismo la filosofía tradicional amplía la base experimental y su método, pues incorpora el método analítico y fenomenológico, otorgándole mayor concreción a su punto de partida, la experiencia del ser. Esta experiencia fundante, la experiencia in-sistencial, es decir, la del hombre consigo mismo, se caracteriza por ser una experiencia de unidad y de totalidad. Aquí el in-sistencialismo no solamente es tronco del árbol, sino una nueva raíz. Quiles sostiene que los resultados obtenidos por la experiencia in-sistencial y la analítica de esa experiencia coinciden con las principales tesis escolásticas referidas al hombre, al mundo, a Dios, al conocimiento y al ser en cuanto ser. No obstante, paradójicamente, si bien su estructura conceptual abrevia de la escolástica –en particular la suareciana–, la experiencia in-sistencial no se deriva lógica-

mente de ella, sino que es previa y, por ende, fundante. Por ello en su obra capital *Antropología filosófica in-sistencial*, publicada en 1978 –aunque reúne tres trabajos del decenio 1950-1960–, le brinda mayor profundización y precisión a la propuesta. Por cierto, ya en este primer trabajo se advierte que el existencialismo fue otra motivación para la creación del in-sistencialismo. Y, si bien Gabriel Marcel y Xavier Zubiri son autores existencialistas que comparten una visión cristiana del hombre, para Quiles el existencialismo *per sé* conlleva una filosofía negativa, nihilista. Aunque tiene el raro mérito de ocuparse de la existencia humana individual y concreta, el existencialismo y sus epígonos dejan al ser humano en un estado de «*yecto*», sumido en una irrecuperable angustia ontológica. Desde luego, para Quiles es en Jean Paul Sartre en donde se advierte esa antropología definitivamente negativa, pues según el pensador francés somos libres «para nada». Basta señalar de modo sintético que el término «existencia» o el «existir», aunque adquiere diversas valencias en cada obra filosófica, de un modo u otro para Quiles siempre hace referencia a su etimología, es decir, a la idea de «estar fuera de» (*ex-sistere*). Desde luego, en Heidegger –hablo del primer Heidegger– el tema es harto más complejo, sobre todo porque este pensador se aparta del existencialismo y propone la necesidad de hallar algo previo al binomio «esencia-existencia». El ser humano sería en este caso *ec-sistencia*, pues su propia esencia consistiría en el estar *ec-stático* en la verdad del ser. De todos modos, para Quiles –en diálogo con autores espiritualistas cristianos, como Lavelle, Sciacca, etcétera– este concepto conserva en común con la existencia el *sistere extra* («estar parado firmemente fuera») y, por ende, es incompatible con la experiencia in-sistencial que brota de un insistir o *in-sistere* (estar firmemente parado adentro). Además de la obra mencionada, a este período pertenecen *Más allá del existencialismo, Heidegger: el existencialismo de la angustia, Sartre: el existencialismo del absurdo, Sartre y su existencialismo*, etcétera. En los años 1955 y 1956 comienzan sus largos viajes de estudio primero a Europa, de donde surge, por ejemplo, su obra *Mi visión de Europa*, textos sobre la educación en países comunistas, y años más tarde proseguirá con largos viajes a Asia, que continuarán hasta poco antes de su fallecimiento. En este período se encuentra con Max Müller, Eugen Fink, Karl Jaspers y el propio Martin Heidegger, quien acepta guiar la tesis doctoral de una exdiscípula de Quiles. Desde luego, Quiles también dialogó en sus obras con autores que le son más próximos, como *La filosofía de la persona según Karol Wojtyla*, obra que interesó mucho a su santidad Juan Pablo II, o, aunque con sus diferencias, con Ortega y Gasset en *Estudios*

sobre Ortega y Gasset. Desde luego, también dialogó con el pensamiento latinoamericano, tal como puede verse en *Estudios de filosofía latinoamericana contemporánea*. A partir de 1960 viaja a Oriente con el auspicio del Proyecto Mayor Oriente-Occidente de la UNESCO y brinda conferencias en universidades de Japón, India, Taiwán, Filipinas e Indonesia. Podría sintetizarse su apertura a Oriente, en particular al hinduismo y al budismo, motivada por dos razones. Por un lado, porque comprendió que ignoraba del todo el riquísimo acervo de una cultura que, por así decirlo, representa una mitad de la humanidad. Tal fue la impresión que le produjo la biblioteca del Instituto de Religiones Orientales de la Universidad de Tokio cuando la visitó de la mano de su gran amigo, el destacadísimo indólogo, budólogo y filósofo japonés Hajime Nakamura (1912-1999). Por otro lado, porque, aunque el término «Oriente» –como señala Edward Said– es ambiguo y hasta equívoco –pues abarca demasiadas tradiciones bien diversas entre sí y puede ser acaso una suerte de «construcción occidental»–, puede decirse que en la India, en el sudeste asiático y en el llamado Extremo Oriente predomina lo que el gran estudioso de las religiones Mircea Eliade denomina el yoga como «fenómeno panasiático». Occidente y el cristianismo en particular fueron perdiendo el cultivo de sus ejercicios espirituales, si bien aún contamos con la riqueza del hesicismo o de los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio, entre otros. Pero las tradiciones orientales suelen privilegiar lo que Quiles denomina el «método vivencial» por encima del «método racional», de manera tal que no puede llegar a la verdad por el mero pensamiento, ni siquiera con una oportuna articulación con el conocimiento sensible. El propio Quiles señala en su *Autorretrato*: «Pero el Oriente agregaba un matiz más profundo todavía. Si no se llega a la "vivencia" o "conocimiento vivido" de la última realidad del yo y del Absoluto, no se alcanza su verdadero conocimiento; yo diría se pierde lo mejor del conocimiento, por cuanto el conocimiento racional, discursivo y racional es, por su naturaleza, lejano, abstracto, imposible de "adecuar" la realidad». Desde luego, en buena medida gracias a Pierre Hadot, hoy sabemos con más certeza que la *epiméleia heautou*, la *cura sui* o el «cuidado de sí» acompañaban el ejercicio racional de muchos pensadores antiguos y medievales occidentales, sin descartar algunos resabios posteriores, no pocas veces preteridos o degradados. A Quiles no le bastó con estudiar el Oriente; quiso llevar esos saberes a las aulas y, por ello, en 1967 funda y dirige la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador que hoy lleva su nombre, aún la única en Latinoamérica y donde se estudian las culturas (historia, arte, religión, pensamiento, lengua) de los

denominados «cercano», «próximo» y «extremo» Oriente. En 1974 crea el Curso Superior de Yoga, hoy una tecnicatura, cuya finalidad es el estudio con método y rigor científicos de los fundamentos históricos, filosóficos, religiosos y psicológicos del yoga y de sus técnicas. En este caso jugó inicialmente un rol fundamental su estrecha amistad con Swami Kuvalayananda (1883-1966) quien fundó en 1924 Kaivalyadhama, un centro en donde aún se investiga y se enseña el yoga, sus fuentes tradicionales –muchas de ellas inéditas– y sus prácticas en diálogo con las ciencias biológicas y médicas occidentales. «El yoga salvó mi vida», le oí decir más de una vez. Era difícil explicar cómo seguían funcionando esos pulmones y cómo seguía escribiendo e impartiendo clases sin cesar. «Hoy tengo 38 grados de fiebre –me dijo otra vez–. Pero no importa, debo terminar un libro y prepararme para ir a Japón». Quiles a veces daba clases de filosofía en la postura yóguica denominada *padmasana*, apoyado sobre el escritorio. También era habitual que, –siempre con su pulcro *clergyman*–, esperara en los aeropuertos mientras hacía discretamente sus ásanas. Pero nada de esto sorprendía al público, pues, aunque Quiles era muy conocido, tenía la capacidad de invisibilizarse; es decir, pasaba inadvertido cuando quizás en otro caso –y más en la Argentina de entonces– habría sido percibido como una excentricidad o, peor aún, como un acto bizarro e imperdonable para un sacerdote católico. Y Quiles era conocido públicamente porque aparecía a menudo en televisión, en donde le hacían entrevistas, sobre todo sobre hinduismo –yoga en particular– y budismo. Asimismo, fue uno de los jesuitas cofundadores de un canal de televisión que pasó –por razones económicas– rápidamente a una empresa privada. Pero en la incipiente Universidad del Salvador había, lo recuerdo, en los años sesenta y setenta un estudio de televisión. Quiles creó, además, *La aventura del hombre*, un exitoso documental que comenzó en 1981 que mostraba –como nunca se había hecho antes y de modo didáctico y atractivo– la diversidad natural y cultural de diferentes regiones de Argentina y Sudamérica. Si bien en 1981 publica *Filosofía de la educación personalista*, toda la obra y la vida de Quiles es una gran «pedagogía», pues su vida estaba abocada al servicio y por ende a promover la autoeducación según la cual cada uno es más su «sí-mismo» y, de este modo, crece en el amor. A partir de su contacto con la filosofía oriental (particularmente el hinduismo y el budismo) hay tres aspectos valiosos de su concepción de la filosofía y del hombre que toman debido relieve: la idea de la «filosofía» (en la que se enfatiza el «modo de vida»), filosofía y religión (que se compenetran más sin confundirse) y, sobre todo, la esencia del hombre y la experiencia mística. A

este período pertenecen, entre otras, las siguientes obras: *Filosofía budista*, *Qué es el yoga*, *El alma de Corea*, *Introducción a Teilhard de Chardin* (*El cosmos, el hombre y Dios*), *El hombre y su evolución según Aurobindo y Teilhard de Chardin*, *Filosofía de lo femenino*, etcétera. Recuerdo con gran emoción cuando en 1990, poco antes de su fallecimiento, Quiles me invitó a presentar su libro *Cómo ser sí-mismo*, que acerca a toda persona de buena voluntad –sin tener necesariamente una formación filosófica– a su teoría y praxis in-sistencial mediante una presentación conceptual muy sencilla y clara y también proponiendo ejercicios para promover la experiencia in-sistencial. «Su objetivo final –escribe– es proponer la “práctica” que facilite cada día “ser más sí mismo”. Esta es la condición de su autorrealización, su paz, su felicidad». En los últimos tiempos estaba abocado, entre otras cosas, al estudio de la Escuela de Kioto, particularmente a la obra de Keiji Nishitani (1900-1990), a quien trató personalmente. Creo que su interés principal en sus últimos años era la relación entre lo que él denominaba experiencia antropológica (o de la in-sistencia), experiencia metafísica (o del «cosmos») y experiencia mística o experiencia de Dios. No dudaba de que las tres experiencias se diferenciaban, pues el ser humano, el cosmos y Dios son, según su concepción, seres ontológicamente diferenciados. No obstante ello, habría una cierta continuidad en el plano de la experiencia. Es decir, la mayor conciencia del sí-mismo o de la in-sistencia de alguna manera prepara u orienta hacia una experiencia mística, aunque ella dependa en definitiva de Dios. La mitad del voluminoso *Filosofía budista* trata del tema del *nirvana* o *satori*, la experiencia última de «iluminación» o, para algunos, de extinción en la vacuidad-plena. Para ello, además de compulsar textos y estudiosos, practica meditación zen e interroga a los maestros. Abrevio la anécdota consignada en *Filosofía budista* sobre la que, por otra parte, pude conversar con Quiles. En una oportunidad, para comprender mejor qué es el *nirvana* o *satori*, el propio Quiles visita a un maestro zen y finalmente le describe lo que el propio Quiles denominó luego «experiencia metafísica» para ver si se trataba o no de un *satori*. Quiles se encontraba leyendo textos de autores existencialistas que, como ya señalé más arriba, consideraba que proporcionaban una visión muy negativa de la condición humana. Es así como Quiles, pensando en ello, captó intuitivamente su in-sistencia y, a través de ello, su relación con la intimidad in-sistencial de otros seres. Percibió que se trataba de una experiencia en la cual se percibía «re-unido» en sí mismo y con otras «in-sistencias» y con el cosmos. El maestro lo escuchó con condescendencia, pero con toda sinceridad le dijo que eso era un falso *satori*, pues ha-

bía llegado a esa experiencia «pensando» y el *satori* proviene del fondo del estómago. La última vez que vi al R. P. Ismael Quiles S. J. fue a fines de 1992, cuando me pidió que en nombre de la Facultad de Filosofía –de la cual yo era entonces su secretario académico– le entregara el diploma de doctor *honoris causa* al dalái lama. Como era la primera vez que venía a la Argentina, casi nadie parecía tomar cabal conciencia del *status* de la personalidad invitada. Acaso por ello, ya de noche el día anterior del acto me llama la secretaría de Quiles para que vaya a verlo a sus aposentos, en aquel momento en el Colegio del Salvador. Subí las anchas escaleras y me encontré de pronto en un enorme pasillo conventual en penumbras y lleno de puertas. De la nada apareció un joven novicio con un gran llavero que me condujo a la puerta de la alcoba de Quiles y la abrió. En cuanto cerró la puerta a mis espaldas, escuché la voz atiplada del padre, que me pedía con amabilidad que pasara. El cuarto era cuadrado y espacioso, pero las paredes estaban atiborradas de bellas imágenes cristianas y budistas. Vírgenes y Taras, Cristos y Bodhisattvas. Di unos pasos y comprendí que Quiles estaba acostado en una cama con dosel, pero tres de sus flancos estaban cerrados. Inmóvil en la cama, solamente tenía al descubierto su rostro, rodeado por sábanas y toallas pulcrísimas. Me senté a su lado y sin ninguna vacilación me dio indicaciones protocolares muy precisas referidas al acto en honor de su santidad dalái lama y

me despidió dándome su bendición. Cuando Quiles falleció en febrero de 1993, yo estaba en Europa. Quiles tenía preparados viajes por el Oriente, pero cayó gravemente enfermo. Mi querida amiga Alicia Souto, discípula de Quiles en el área de yoga, profesora eminente, asidua de Kaivalyadhama y traductora de textos clásicos del yoga, lo acompañó casi todas las noches en el hospital. Quiles insistía en que quería volver a su casa. Finalmente, los médicos se lo permitieron, acaso sabiendo que nada se podía hacer. Según parece, le pidió al novicio que habitualmente le llevaba su desayuno muy temprano que esta vez recién entrara a las diez de la mañana. El novicio cumplió las órdenes y lo encontró muerto. Aparentemente, tenía entre sus manos una obra que Quiles conocía muy bien, *Las dos fuentes de la moral y la religión* de Henri Bergson. Tiempo atrás había fallecido otra de sus secretarias y profesora de la Escuela de Orientales, también amiga mía, Alicia Blaser de Lumi. Quiles por razones de salud no pudo asistir a su funeral, pero envió unas líneas que decían algo así: «Alicia: ahora estás más en ti misma que nunca». No tengo autoridad para rasgar el velo de ningún misterio, pero puedo expresar mi esperanza. La esperanza de Quiles era la de Teilhard y la de Teilhard era la de san Pablo: «... donde no hay griego, ni judío, circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es el todo, y en todos» (san Pablo, *Colosenses 3: 11*).